

G. W. LEIBNIZ CONTRA EL ESCEPTICISMO: NUEVA TRADUCCIÓN DE UN DIÁLOGO

Introducción y notas: **Lourdes Rensoli Laliga**
Universidad Europea de Madrid

Traducción: **Quintín Racionero Carmona**¹ / **Lourdes Rensoli Laliga**

CONVERSACION ENTRE EL MARQUÉS DE PIANESSE,
MINISTRO DE ESTADO DE SABOYA, Y EL PADRE EMERY,
EL EREMITA, LA CUAL HA PROVOCADO UN GRAN CAMBIO EN LA
VIDA DE DICHO MINISTRO, O DIÁLOGO ACERCA DEL EMPEÑO QUE
SE DEBE PONER EN LA PROPIA SALVACIÓN²

Puede afirmarse sin reparos que estamos frente a una obra clave de Leibniz, quien, además de esmerarse en la belleza y elegancia de su construcción y de su estilo, aborda en ella varios problemas constantes en su pensamiento, coordinados por la correspondencia entre fe y razón, y entre metafísica y moral. Forma parte de la polémica leibniziana contra el escepticismo, mal que puede atacar aun a los más virtuosos y de más claro entendimiento. En este diálogo se desarrollan las ideas esbozadas en el Diálogo entre Teófilo y Polidoro³ y se caracteriza muy nitidamente a los personajes: el sabio de fe inconvencible, y el hombre de mundo, culto y bienintencionado, pero casi convencido de la ineficacia de toda empresa de envergadura en favor del bien común. Los argumentos del Marqués, contagiado por el escepticismo, especialmente religioso y moral, son rebatidos por Émery desde el plano científico y metafísico y el arte del razonamiento, tanto como desde el plano existencial y moral.

Esas mismas ideas serán abordadas, desde una perspectiva práctica y organizativa en la Memoire pour les personnes éclairées et de bonne intention (1692). Constituye así un modelo de controversia en la que el contrario es convencido mediante la apelación a varias ramas del

1 Catedrático de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED

2 Escrito de 1679. Ha sido traducido a partir de: AA VI, 4, C, pp. 2245-2283, que corrige ediciones anteriores. Las expresiones entre corchetes se deben generalmente a la reconstrucción del texto en la AA. Sólo cuando hayan sido agregados por L. Rensoli, quien ha editado este trabajo y colaborado con Quintín Racionero en su traducción, para dar coherencia al texto en español, se aclarará en una nota como: Cfr. L.R.L.

3 También de 1679 Cfr. AA VI, 4, C pp. 2227-2240.

pensamiento, que encuentran su unidad en la correspondencia entre fe y razón y el consiguiente nexo entre metafísica y moral, pero también en la refutación de los argumentos de algunos pensadores escépticos relevantes, cuyas citas Leibniz no duda en manipular para hacerlas concordar con sus principios. Niega también la concepción platónica acerca de la filosofía como preparación para la muerte para sostener en su lugar una idea de la filosofía como terapia moral, guía para la vida o Methodus Vitae, función en la que se advierten resonancias espinocistas.

Parece posible además trazar un paralelo entre este diálogo y Le Livre du gentil et des trois sages, de Raymond Llull (también se aprecian elementos comunes con la obra de Abélard Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano). Llama particularmente la atención la obra de Llull, por cuanto el esquema en ambos casos es muy similar: un hombre honesto, de gran talento y de vastos conocimientos, de vida meritoria—más por fidelidad a la tradición moral y por intuición que por verdadera convicción sobre principios cuya fundamentación desconoce o se cuestiona— pero de poca o ninguna fe religiosa, que nadie le ha transmitido o que se ha vuelto insegura a causa de incertidumbres y desengaños, se deja vencer, llegado a cierta edad, por el desánimo provocado por la hipocresía y los vaivenes humanos y sociales, pero también al plantearse el sentido de la vida y la cercanía cada vez mayor de la muerte. Duda del valor de sus conocimientos y de sus buenas acciones, cree haber perdido su tiempo en conquistar saberes que se extinguirán con él, y es reconfortado y transformado por alguien que lo convence de la existencia de Dios y/o de Su bondad, justicia y misericordia, con lo que todas las vidas cobran sentido aunque, en el caso de Leibniz, éste último papel corresponda siempre a un sabio cristiano, de profunda piedad, y en el de Llull a tres, representantes de cada una de las religiones del Libro.

Una traducción previa de este importante escrito al español fue hecha por el difunto Prof. Ezequiel de Olaso a partir de una de las versiones incompletas del original, únicas disponibles entonces: . Esa es la razón

4 Así lo caracteriza A. Andreu en la Introducción a: Andreu I.

5 No se olviden los vínculos existentes a su vez entre esta obra y la de Yehuda Halevy El Cuzary, nexos que merecen una investigación específica, así como el radio de su influencia en Leibniz.

6 Olaso (1982), pp. 218-251

7 Las versiones parciales, bajo los títulos de *Dialogue entre un habile politique et un ecclésiastique d'une piété reconnue* y *Conversation du Piénesse ministre d'Etat de Savoye, et du Père Émery Eremite*, «qui a esté suivie d'un grand changement dans la vie de ce ministre ou Dialogue de l'application qu'on doit avoir à son salut (los dos trazos = aparecen en el original), fueron publicadas respectivamente en: *Die Leibniz-Handschriften der Königlichen öffentlichen Bibliothek zu Hannover*. Beschrieben von Eduard Bodemann Mit Erg. u. Reg. von Gisela Krönert u. Heinrich Lackmann, sowie e. Vorw. von Karl-Heinz

por la que, pese a su alta calidad, no recoge el opúsculo leibniziano más que parcialmente. Aparecida ya la versión definitiva de este tratado, es posible ofrecerlo a especialistas y estudiosos íntegramente en español.

L.R.L.

El Marqués de Pianesse es muy conocido en el ámbito mundano. Émery Stahl era un cumplido gentilhombre alemán, capacitado para llegar muy lejos en la corte. Pero en buena hora Dios lo sacó de ella: tomó una decisión extraordinaria, sobre todo para un hombre joven habituado a los placeres y que poseía bienes acordes con su condición, y fue la de dejarlo todo e ir en busca de un eremitorio en las montañas de Suiza. Allí vivía en la más absoluta simplicidad, tenía siempre el alma elevada al Cielo, y hasta sus momentos de descanso no tenían sino a Dios como objeto. Pues se complacía en contemplar las maravillas de la naturaleza: estudiaba las cosas simples, de las cuales sabía extraer admirables esencias, y todos aquellos grandes conocimientos que lo habían hecho brillar en el mundo, expurgados de cuanto tenían de profanos, no le resultaban sino otras tantas representaciones diversas de la belleza y grandeza de Dios, de la que estaba prendado. Había tenido un maravilloso talento para las matemáticas y querido probar si podría imitar la exactitud de éstas en las materias más relevantes⁸. Entre [sus] papeles se encontraron algunas cosas a este respecto que un día podrán publicarse. Practicaba grandes actos de caridad hacia los pobres, e incluso llegó a suministrarles remedios cuyos efectos fueron maravillosos. Tales éxitos resultaban contrarios a su deseo de permanecer oculto. Pues su eremitorio hacía gran ruido en los ámbitos mundanos y mucha gente creía que poseía la famosa piedra filosofal. Príncipes y grandes señores iban a verlo para satisfacer su curiosidad, pero él los desengañaba muy pronto, porque no les hablaba más que de Dios y de la virtud, lo cual hacía con tanto ardor y fuerza, que no hubo ninguno que no fuera tocado hasta el alma, y algunos tomaron y pusieron en práctica vigorosas resoluciones para romper todas las cadenas de las consideraciones humanas.

Weimann. Hildesheim: Olms, 1966, I,VI,4 y *Trois dialogues mystiques inédits de Leibniz*, introd. et ed. par J. Baruzi. Paris: *Revue de Métaphysique et de Morale* 13 (1905), reimpr. Paris: Vrin, 1985.

8 Nótese la aplicación a un caso particular de la idea que Leibniz hace suya desde temprano, según la cual, si el cultivo de las ciencias comienza por alejar de Dios, en etapas más avanzadas acerca profundamente a El. Cfr. *Confessio naturae contra Atheistas* (1668), I. AA, VI, I, pp. 489-493.

El Marqués de Pianesse fue de esos. Había ido a ver a nuestro Eremita con ese espíritu mundano que no busca más que novedades. Desde el principio resultó fascinado por la dulzura de sus hábitos y sorprendido por la austeridad de su vida. Sostuvieron juntos muchas conversaciones, en las que el Marqués salió adelante hábilmente, pues poseía una gran vivacidad de espíritu, pero trataba los asuntos de piedad de un modo muy ligero. Esto causó gran pena al Eremita, que lo estudiaba cuidadosamente para conocer su lado débil y atacarlo por ahí. Muy pronto notó que el Marqués hablaba con frecuencia de la vanidad de todas las cosas del mundo, y aunque esto pareciera favorable a la piedad y al retiro, el Eremita, que era sutil, se percató de que el Marqués lo tomaba de modo muy distinto y de que estaba infectado por el escepticismo, como es común entre la gente encumbrada, y odiaba toda dedicación a cosas que no concernieran visiblemente a los sentidos y al interés inmediato. De este modo, tenía una gran propensión a incluir, también entre muchas investigaciones vanas, una extraordinaria preocupación por las cosas celestiales, y creía sin duda que bastaba con guiarse por ejemplos y atenerse a la costumbre.

Habiéndole tomado el pulso lo bastante, y convencido de que no era ahí donde residía su mal, el Eremita llevó la conversación hacia las ciencias, y dijo que tenemos motivos de dar gracias a Dios por tanto medios como nos ha dado para conocerlo y amarlo. Replicó el Marqués que siempre había creído que no sabemos casi nada, que los matemáticos eran más bien curiosos que útiles, salvo aquellos que tienen esta [ciencia] como profesión, que la medicina estaba mal atendida, la moral llena de fantasías, la teología sujeta a difíciles controversias; que su opinión era dejar las investigaciones sobre la naturaleza a los curiosos de profesión, no seguir en moral sino la costumbre, y en materia de fe, a la Iglesia; que había visto muchos personajes de gran reputación, pero que nunca había visto ninguno capaz de hacerlo creer que tuviesen un conocimiento de Dios y de la naturaleza realmente superior al común; que con frecuencia veía muchos melindres y alardes de tal; que se hacían monstruos de algunas pequeñas curiosidades o de ciertas austeridades capaces de deslumbrar al hombre vulgar, pero que en el fondo todos éramos igualmente ignorantes, cuando se trataba de cualquier cosa

de importancia. En fin, que esperaba estar desengañado al respecto y que estaba firmemente convencido de que, si había una persona en el mundo capaz de hacerlo cambiar de opinión, sería aquella a quien tenía el honor de hablar.

Todo esto lo hacía con el propósito de obligar al Eremita a revelarse un poco, pues el Marqués esperaba ver una exhibición, puesto que le habían hecho pasar al Eremita por un Adepto¹⁰. Pero éste imprimió un giro total al caso: hizo saber al Marqués que no se atribuía a sí mismo nada que estuviese por encima de lo común, salvo la aplicación, pues opinaba que los hombres no difieren más que por eso. En esto consiste principalmente la gracia que los distingue, porque puede decirse que la naturaleza los ha favorecido a todos por igual. Pues Dios dota de atención a aquellos que quiere retirar de la corrupción pública. No necesita de revelaciones ni de milagros para con ellos¹¹. Tampoco es necesario que tengan conocimientos más sobresalientes que el común, ni sobre la naturaleza ni sobre Dios. Pues las semillas de las verdades más importantes están en el alma del último de los campesinos, de modo que sólo es preciso reunir las y cultivarlas con cuidado. Es decir, no se pueden considerar las cosas a la ligera; hay que tomar una inviolable resolución de remitir todo a un fin que es el de perfeccionarse; y, como si se tratase de obtener un cargo o de lograr cualquier otra gran fortuna, hay que mostrar la misma solicitud que se ve entre los prudentes del siglo, acordes con sus fines.

-- No poseo otro secreto (dijo él) que enseñar a aquellos que buscan, no pequeñas curiosidades, sino algo grande y sólido. Pues si yo tuviese panaceas y tinturas¹², que no las tengo, las consideraría como nada a cambio de la medicina universal de las almas. No me sorprende entonces, Señor, que menospreciéis todos los apegos, porque os imagináis que no existen más que cosas sorprendentes y extraordinarias que lo ameriten. Pues éstas sólo se encuentran raramente, o puede ser que nunca, del modo como las queréis. Y yo, que creo que las cosas ordinarias como el

10 Adepto al hermetismo o alquimista, según se les solía llamar por entonces.

11 No se olvide el interés del racionalismo, y específicamente de Leibniz, por establecer una correcta interpretación de los milagros, inclusive su misma posibilidad y existencia. Ya Descartes había manifestado interés precisamente por la alquimia y también por experiencias en el campo de la óptica, con el fin de comprobar el alcance y naturaleza de los llamados milagros. Cfr. Descartes (1972), p. 37 (ff. 2) Leibniz, quien también practicó la alquimia y hurgó en otras disciplinas herméticas con idénticos fines, vuelve una y otra vez sobre ello en la *Théodicée* (1969), Discours, 3, I, 54, II, 207, 248, 249, 354-355. En dicha obra (II, 207), Leibniz expresa algo que concuerda con la idea del texto: *“Je crois même que les miracles n’ont rien en cela qui les distingue des autres événements”* (p. 242)

12 Alusión a su infundada fama de Adepto (véase la nota anterior)

fuego y el agua son las más eficaces, me imagino que lo que existe de extraordinariamente útil no consiste sino en el uso y en la aplicación. Veamos los Elementos¹³ de los geómetras. Nada hay más simple que los axiomas y las preguntas que se encuentran al comienzo de este libro. Y sin embargo, su sola combinación ha producido tantas verdades sorprendentes. Es entonces en esto en lo que la costumbre difiere de la razón: aquellos que la siguen no profundizan en nada. Son semejantes a un escolar que se contentara con leer los axiomas de Euclides sin pasar a los teoremas que se extraen de ellos, o a un escéptico que se burlase de los geómetras que se jactan de conocimientos extraordinarios y que no tienen ninguno, que no extraigan de verdades tan elementales y tan triviales que uno se avergonzaría de comunicarlas en grupo. Vos, Señor, por el contrario, no queréis sino novedades clamorosas, signa et prodigia¹⁴. Pero cuando no se os dicen más que cosas ordinarias y se os hace ver que debéis tener por vos mismo el cuidado de extraer de ellas alguna cosa de importancia para vuestra perfección, aunque se os muestre el método para ello y uno se ofrezca para abriros el camino, os cansáis. Sin embargo, ese es el orden de las cosas. Es la Providencia la que así lo ha establecido. Nada se sabría si no se supiera a partir de los principios, que son siempre fáciles. Un hombre que conociera de memoria las bellas proposiciones de los geómetras sin conocer sus demostraciones habría recargado su memoria, pero no habría perfeccionado su espíritu en lo más mínimo. Es lo mismo con respecto a la ciencia de Dios y del verdadero camino. No se os puede decir más que cosas ordinarias, pues hay que comenzar por los principios fáciles que admitís, pero si os aplicáis, se producirá en vos un feliz cambio del cual quedaréis muy sorprendido.

El Marqués de Pianesse: Dudo mucho que la razón pudiera establecer cualquier cosa sólida en las cuestiones prácticas, pues en moral no hay más que la costumbre, y la fe en materia de religión, que pudiera seguirse.

El Eremita: Distinguíis la costumbre y la fe en apariencia, pero del modo como los tomáis, me parece que vuestra fe no es sino una especie de costumbre en materia de culto. Si hubiérais nacido mahometano¹⁵ diríais otro tanto.

13 Se refiere a la conocida obra de Euclides. Cfr.: AA, p. 2248.

14 Cfr.: Mateo, 24, 24; Marcos, 13, 22. La frase tiene un matiz admonitorio, por cuanto Jesús advierte que tales señales y prodigios serán hechos por falsos profetas con el fin de confundir.

15 Leibniz emplea la denominación del Islam más frecuente en su época, que lo asocia con su profeta y

Pianesse: Doy gracias a Dios por lo que soy.

Eremita: Un musulmán no lo haría¹⁶

Pianesse: ¡Qué queréis que haga uno! Dios concede su Gracia a quien quiere.

E: Sin duda. Y también a aquellos que la desean.

P: El desear mismo es una gracia de Dios.

E: Pero si el desear no consiste más que en una fuerte resolución de aplicarse a lo que atañe a la Salvación, es inútil buscar la fuente de la voluntad. Pues lo que se puede desear preferentemente de Dios y de la naturaleza no sería suficiente, si no hubiera necesidad más que de voluntad o de atención para ser feliz o inexcusable.

P: Esa aplicación que recomendáis sería útil, si hubiera apariencia de sacar provecho de las búsquedas. Pero la experiencia hace ver que no existe nada tan inútil, y aunque se quiera abandonar la costumbre, para meditar y para seguir una pretendida razón, uno se perdería de inmediato en un laberinto de disputas. Pues veo que los hombres casi nunca quedan de acuerdo, que no hay medio de salir de las dudas y que las meditaciones mismas no sirven más que para confundirnos. Me parece que la naturaleza no nos ha hecho para disfrutar de la verdad, sino para regularnos por las apariencias. Es por esto por lo que hace largo tiempo que he tomado la resolución de no inquietarme más por esos pretendidos conocimientos y me contentaré con seguir una forma de vida fácil y libre de todas las reflexiones que abrumen.

E: Tened cuidado, Señor, de que no os descuidéis demasiado y no os ofendáis a Dios, que no os ha dado ese espíritu penetrante para que sólo os sirva para observar la superficie de las cosas. Creo que más adecuado sería confesar nuestra pereza, que la naturaleza sin duda nos ha hecho para un fin más noble que las bestias, que se siguen entre sí ciegamente hasta precipitarse las unas sobre las otras. Por lo tocante a la incertidumbre que creéis encontrar por doquier, os podría revelar su causa y su remedio, si lo aceptáis.

no con su esencia.

16 En esta respuesta subyace la idea del fatalismo que en Europa, en la época de Leibniz, se atribuía al Islam en bloque (el llamado *fatum mahometanum*), de modo que la vida de cada hombre estaba rigidamente predeterminada y no había lugar para la Gracia. Cfr. *Théodicée*, Préface

P: Tendría un gran placer en ello. Pues lo que avanzáis acerca de un remedio contra la incertidumbre me parece una paradoja, y las paradojas agradan cuando una persona de espíritu como vos les da un cierto aspecto de bella apariencia.

E: Estoy muy lejos de ese humor que se complace en las paradojas, y no expongo más que cosas de las cuales estoy convencido. No será sin duda para contribuir al placer que recibís de la novedad por lo que intentaré satisfaceros, sino que sacaré provecho de vuestra inclinación para volveros más atento. He aquí la causa de la incertidumbre y de las disputas sin fruto; del remedio hablaremos después. Hay comodidades e incomodidades, bienes y males en todas las cosas del mundo, sagradas y profanas. Es esto lo que perturba a los hombres. Es esto lo que hace nacer esa diversidad de opiniones, al mirar cada uno los objetos desde un cierto ángulo. No hay sino muy pocos que tengan la paciencia de mirar el otro lado del asunto hasta ponerse en el lugar de su adversario¹⁷; es decir, que quieran, con la misma aplicación y con espíritu de juez desinteresado, examinar el pro y el contra a fin de ver de qué lado debe inclinarse la balanza¹⁸. Pues se necesitaría bastante tiempo para ello, y nuestras pasiones o distracciones no nos lo dan. Ordinariamente estamos imbuidos de un cierto espíritu de contradicción y nos vanagloriamos de no escuchar nada, o no encontramos nada que criticar. Nos esforzamos sobre todo en oponernos aparentemente a aquello que los hombres ordinarios acostumbran a juzgar o a desear. De tal modo, todo lo volvemos problemático, y puesto que nos complacemos en las disputas, ¿por qué nos sorprendemos si todo es discutible por aquellos que se detienen en consideraciones ligeras? Además de que ordinariamente no se razona para sacar provecho sino para divertirse. Vos mismo, Señor, habéis dicho que queréis seguir la costumbre, y sin embargo decís que os complacéis en las paradojas, lo cual no supone seguir las. Los sentimientos singulares nos otorgan una elevación imaginaria por sobre los otros; nos sentimos pesarosos de hablar como la gente vulgar, aunque seguimos el torrente de la corrupción general. Esto es porque no buscamos sino hablar y parecer bien y nada más.

17 Otro tema constante del pensamiento de Leibniz, especialmente en religión y en política. *Cfr.*: *La place d'autrui*. AA, IV, III, pp. 903-904.

18 Se trata de la idea de la razón como juez de las controversias, fundamental para Leibniz, quien escribe entre 1679 y 1681: "*Controversia controversiarum est quaestio de iudice controversiarum, a qua aliarum decisio, executio, fructus effectusque pender*". *Commentatiuncula de Iudice Controversiarum*. AA, VI, I, pp. 548-559 (cita en la p. 548). Véase también: *De Iudice Controversiarum*. AA, VI, IV, C, pp. 2155-2167.

Cuando damos con una réplica justa o ingeniosa con qué dejar perplejo a quien nos ha comunicado alguna proposición, aun cuando sea ésta útil y bien fundada, solemos contentarnos con tal victoria y pasamos a otras materias sin examinar quién tenía razón en el fondo--al menos mientras no se trate de algo que nos interese--, pues nos sentimos muy a gusto con un fracaso que, con algunos visos de razón, acaricia en realidad nuestra pereza con alguna apariencia de razón. Todo esto viene de que no tratamos la mayor parte de las cuestiones más que por juego y como descanso, en vez de llegar a una conclusión que pudiera tener alguna influencia en la práctica de nuestra vida; del mismo modo que los estudiantes de filosofía discuten sobre las virtudes, vicios y pasiones, sin que esto les afecte en manera alguna.

P: ¿Queréis acaso que uno vaya a romperse la cabeza con mil cosas de escasa importancia? ¿No basta con que cada cual siga su vocación y el camino que ha tomado en la vida tras una deliberación madura? El resto debe servir más para divertirnos que para afligirnos.

E: Basta, sin duda, que cada uno siga su vocación; pero corresponde a nuestra vocación esforzarnos por comprender nuestra vida y por ratificar nuestro juicio en las materias importantes que pueden hacer cambiar nuestra manera de actuar. ¿Creéis acaso que Constantino el Grande habría tomado nunca la decisión de hacerse cristiano, o que Carlomán, tío de Carlomagno, habría abandonado el trono para no ocuparse más que de su salvación, si no hubieran hecho más que reflexiones superficiales? Me diréis que Constantino el Grande vio un milagro y que Carlomán se excedió, quizás hasta os burlaréis de la simplicidad de su época. Estoy de acuerdo con vos en que el cuidado de los negocios y el celo en la piedad no son incompatibles; así la acción de Carlomán no es siempre un ejemplo que haya que seguir. Pero por lo que se refiere al milagro que empujó a Constantino a convertirse al Cristianismo, no es cosa bien comprobada, y si lo estuviera, creo que la voz de Dios, que nos habla en nuestro interior, tiene que tener tanto poder sobre los espíritus como la visión de un prodigio que asombra al hombre vulgar. Por esto desearía que los hombres se decidieran a veces a hacer una especie de retiro espiritual, con el fin de considerar con calma su estado presente y su

porvenir, para así tomar alguna resolución rigurosa, no para abandonar el mundo, sino para librarse de esta indiferencia peligrosa.

P: Creedme, ha habido muchos que se han dejado llevar con frecuencia por estas reflexiones; pero viendo que esto no les ha producido más que una turbación en el espíritu que envenena la dulzura de la poca vida que nos ha concedido la naturaleza, las han abandonado, al ver que cuanto más se piensa, más se confunde uno. Yo he sido de estos soñadores; pero Montaigne y La Vayer¹⁹ me han curado de esta especie de enfermedad.

E: ¡Ah, Señor! ¿Qué me decís? Ese es el auténtico modo de ahogar todo sentimiento cristiano y hundirse en el abismo de un lamentable escepticismo. Yo no podría leer estos dos autores sin sentir piedad por su ceguera y por los males que causan en las almas. Le doy gracias a Dios, no porque haya recibido de El más talento que los demás, pues con gusto lo cedería, y confieso que es una desgracia corriente el que precisamente los que tienen más espíritu y saber tienen menos devoción; pero yo he recibido de Dios una gracia que valoro más que todas las otras y que muchas gentes no aceptarían, y es que estoy penetrado por las santas verdades y que oigo retumbar en mi oído esa voz que nos llama al juicio. Por eso no me ocupo de nada en lo que no encuentre algo que corregir y no hay cuidado alguno que no me proporcione ocasión de relacionarlo todo con la gloria de este Dios que amo. Vos no podríais creer, Señor, cuánta dulzura encuentro en este modo de vivir, y si los hombres tuvieran ordinariamente alguna experiencia de ello, muchas gentes envidiarían mi felicidad. Estoy convencido de que el mundo es una especie de ciudad, tan bien ordenada como es posible, de la que el Señor tiene la sabiduría y la fuerza soberanas²⁰. ¿Cómo podría yo no amar a tal maestro, que es la bondad misma y que no me deja nada que desear? Pues si tengo la suerte de mantenerme hasta el final en estos sentimientos, tan fáciles por su gracia y tan razonables, tendré asegurada una felicidad que sobrepasa toda imaginación; y si me alejo de Dios, por poco que sea, no veo más que miseria en la condición de los hombres. Es por esto por lo que no me asombro de que aquellos que no profundizan bastante no lleguen de buen grado a reflexiones

19 Se trata de Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592) y de La Mothe Le Vayer (1588-1672). Cfr.: *Théodicée*, II, 253-254.

20 Nótese que la idea del mundo, sobre todo humano, como ciudad de Dios acompañará a Leibniz hasta el final de su vida, según puede comprobarse a lo largo de la *Théodicée*, y en *Monadologie*, 85-86.

serias; pues ellas les darían una imagen muy desgraciada de su estado, sin hacerles ver remedio alguno. Un esclavo encadenado en una galera hará esfuerzos por alejar sus pensamientos de su desgracia, y quien espera el suplicio a la salida de la prisión se hundirá en una especie de estupidez para no sentir los tormentos por anticipado. Pero aquellos primeros cristianos, que esperaban la corona del martirio, encontraban placer en sus cadenas y cuando pensaban que iban a entrar en la Gloria tras pasar algunos momentos dolorosos. Estaban muy lejos de hablar como Montaigne, que pretende que se vaya a hundirse en la muerte con la cabeza baja y sin pensar en ella, o lo menos posible²¹.

Creo que me concederéis que quien tiene estos sentimientos generosos y está satisfecho con el porvenir puede hacer reflexiones compatibles con la dulzura de la vida y osaría decir que no se podría saborear todo lo bueno de ella, sin estar persuadido de lo que acabo de explicar; pues no estamos en una prisión que nos da mil pesares²², y, al salir de allí no esperamos suplicios aún mayores que los que suelen sufrir los criminales. Pues aquellos a quienes se les corta la cabeza no sienten casi nada al morir, y la mayor parte de los que mueren en su lecho sufren tormentos de agonía que superan a menudo los que se les hace padecer a los criminales. Pero hay todavía algo que temer más allá de la muerte. Pues pese a cualquier esfuerzo que hiciéramos por disociarnos de los cuidados del porvenir, no está en nuestro poder impedir que nos vengan de pronto pensamientos enojosos, que nos hacen preocuparnos, a pesar nuestro, por lo que será de nosotros, y que sirven de admonición a los que son corregibles y de castigo a los malvados, pues esta amargura es saludable para los unos e insoportable para los otros. Pero los que no sienten nada deben considerarse aún más desgraciados, porque Dios no les concede siquiera la gracia de advertirles. Es sin embargo cierto que los que no escuchan su voz son más dignos de castigo que aquéllos

P: Vuestro discurso me cansa y me incomoda, y si hubiera previsto que ibais a desembocar ahí, me hubiera guardado mucho de daros ocasión.

21 La idea, con un sentido muy diferente al que Leibniz le atribuye, aparece en el ensayo "Que philosopher, c'est apprendre à mourir". *Essais*, Livre I, Ch. XX. En: Montaigne (1962). El texto dice: "Le remède du vulgaire, c'est de n'y penser pas. Mais de quelle brutale stupidité luy peut venir un si grossier aveuglement?" (p. 82). Y más adelante expresa: "aprenons à le soutenir de pied ferme, et à le combattre [...] n'ayons rien si souvent en la teste que la mort" (p. 85). Montaigne discute también el posible mérito del valor ante la muerte, incluyendo la actitud de los primeros cristianos y el suicidio por honor o por evitar ciertos males, en: "Coustume de l'isle de Cea" (*Essais*, Liv. II, Ch. III).

22 Nótese el rechazo a la idea platónica sobre el cuerpo como cárcel del alma y del mundo como caverna.

E: ¿Cómo es posible, Señor, que os moleste que se os proponga una manera de vivir con una satisfacción sin igual de la que podéis esperar todo y no temer nada?

P: Vos me pintáis un terrible cuadro de la vida y de la muerte y para tranquilizarme me hacéis castillos en el aire; pues todas esas bellas promesas se esfumarán cuando se las examine sin prevención, y con frecuencia he oído decir esas cosas a hipócritas o visionarios. Esto hace que evite esas discusiones inútiles tanto como puedo.

E: Por mi parte sostengo que uno de los más grandes pecados es desviar con toda intención el espíritu de la atención necesaria. Eso es apagar lo que queda de la luz divina, es oponerse a la gracia naciente, es acercarse mucho al pecado contra el Espíritu Santo.

P: Son grandes palabras, pero no tengo costumbre de dejarme deslumbrar por su brillo. Creo que basta con haber examinado las cosas una vez de cerca para tomar una resolución, y cuando la decisión está hecha hay que atenerse a ella, sin confundir más el espíritu; de otro modo se sufrirá constantemente, flotando entre el miedo y la esperanza²³.

E: Respondo con una comparación en una materia que os es familiar. Imaginaos que estáis situado en un bastión que se ha tomado al enemigo; se tienen razones para temer que haya una mina escondida debajo; la buscáis en vano, y, cansado de buscar, os veis obligado a descansar, pasara lo que pasara finalmente. No dejaríais de pasar muchos momentos muy malos en esa inquietud, y el menor ruido os produciría un miedo mortal, a menos que fuerais muy brutal o estuvierais muy endurecido, o dotado de un natural excelente a toda prueba, o si estuvierais acostumbrado a superar las pasiones por medio de la razón. Pues es cierto que la razón os ordenará distraer el espíritu de este cuidado inútil que no resuelve nada y que os impide el reposo. Pero esta misma razón no quiere que dejéis de pensar en algún nuevo modo de aseguraros y haríais muy mal en rechazar la más mínimas nuevas perspectivas en un asunto de esta importancia, so pretexto de que ya os habéis ocupado bastante de ello, y que no hay que inquietarse más. Es cierto

23 Nótese una vez más la influencia de Spinoza, quien considera el miedo y la esperanza como tristeza y alegría inconstantes y siempre vinculadas y nocivas para el hombre si se extienden más allá de ciertos límites. Cfr.: *Ética* (1996), III, prop. LIX, defs. XII-XV, pp. 238-239. Evitar estas oscilaciones emocionales y sus causas morales constituye otra preocupación permanente de Leibniz. La frase se repite con pocas variantes los NE, II, XXI, 59, y en la obra de 1716: *Discours sur la théologie naturelle des chinois*, 16-a.

que tendríais el derecho de hablar así, si estuviérais seguro de haber hecho todo cuanto un hombre puede hacer, y si tuviérais un método que os asegurara que no habéis dejado atrás nada. Esto os eximiría de todas las investigaciones futuras, lo que es posible en efecto cuando se trata de buscar esta mina; pero me habréis de confesar que sois demasiado escéptico como para creer que es posible encontrar un método semejante para las cuestiones más alejadas de los sentidos. Sin embargo, ¿no es extraño que pretendáis dispensaros de todo cuidado porque el azar no ha favorecido vuestros primeros esfuerzos y porque estáis desanimado? Con seguridad, si se tratara de excavar en la tierra para buscar esta mina peligrosa, no seríais tan negligente, y os preocuparía el que la pólvora os pudiera arrancar brazos y piernas, haciéndoos arrastrar un resto de vida peor que la muerte. Y sin embargo, cuando se trata de la miseria o de la felicidad suprema, afectáis una falsa tranquilidad que un día os costará cara.

P: Pero de eso se sigue que no podría ya hacer otra cosa, si es que hay que buscar perennemente, o si hay que escuchar siempre a los que se entrometan a darnos lecciones.

E: Dais un nombre odioso a mis advertencias salvíficas. Mas no temáis que haya demasiada gente que os quiera hacer la corte en este sentido. Conocen demasiado su mundo. No seréis perturbado por esa parte. Vuestros negocios no deben servir de pretexto. Pues esta hora que vamos a emplear, si tengo la suerte de haceros consentir, ¿podría causar daño a vuestras ocupaciones por grandes que pudieran ser?

P: Sois muy acuciante y hay que daros esa satisfacción. Pues os considero lo bastante como para no querer pasar ante vos por un obstinado, pero sólo a condición de que no me importunéis más en lo sucesivo con esas cosas.

E: Esta condición es inicua, pues, ¿pretendéis que soy yo quien ha encontrado justamente este momento favorable que Dios os ha quizás guardado? Sabed que un solo golpe no derriba un árbol y pensad que exigís de mí algo que iría directamente en contra de vuestros intereses y que ni depende de mí el prometerlo ni de vos aceptarlo.

P: Después de hacer cierta violencia a la resolución que había tomado de no involucrarme más en discusiones de este tipo, habéis despertado en mí cierta curiosidad por escuchar lo que diréis. Pero tened buen cuidado en no afirmar más que lo que sea sólido. Sabéis que yo soy cristiano, gracias a Dios. Pero quiero que os remontéis hasta la fuente y que hagáis como si estuvierais con un hombre que no os acepta nada, ni siquiera lo que cree en el fondo de su alma. Pues, ya que me habéis tratado de escéptico, tomaré el personaje y las armas para haceros arrepentir de ello.

E: Lo que decís, Señor, lejos de intimidarme, me produce placer. Pues hay pocos, de los que se precian de pertenecer al gran mundo, que no tengan necesidad alguna vez de algo que reconforte sus creencias, y prefiero con mucho que contestéis hasta aquello que creéis de corazón, que ver que me otorgáis algo, a modo de ventaja, para sacar después algún provecho.

P: Pues bien, entremos en materia.

E: Siempre he reconocido que el escepticismo es la fuente de la incredulidad y del poco apego a las cosas espirituales que observo en las gentes del mundo. Pues se imaginan que la mayor parte de las cosas que se debaten en las cátedras son pura fantasía. Han observado con frecuencia que los que predicán hablan según sus intereses y a pesar de todo no son los más convencidos; han visto que se mezclan cantidad de absurdos y debilidades entre las enseñanzas de piedad; han descubierto muchos falsos devotos, y, cuando se los refuta, la vivacidad ordinaria en las gentes que siempre han figurado en las compañías les proporciona una ventaja sobre los que han tomado partido por la devoción, que se apartan o que se les aparta del siglo y cuya humilde simplicidad es desarmada muy pronto por el aire imperioso y despreciativo de los otros, que sólo con impaciencia toleran que se vaya a perturbar sus placeres o negocios. Si quisieran llevar a término la indagación, quizás podrían finalmente orientarse; pero su ligereza o distracción no les permite aplicarse, y, habiendo reconocido por una infinidad de ejemplos que es fácil discutir todo aquello que no se refiere a los sentidos, creen que no hay nada seguro, y se persuaden fácilmente de que los dogmas

positivos no son sino efectos de algunos hipócritas hábiles o de algunos espíritus melancólicos, a los que la naturaleza o la fortuna han quitado o prohibido los placeres que censuran en los otros.

He reconocido en varias reuniones que se habrá ganado mucho cuando se haya hecho renacer el ansia de buscar la verdad, que la desesperación de encontrarla había abolido.

P: Habéis dado justamente con el punto en el que soy más sensible. Pues muy a menudo he reconocido que todos somos ignorantes en la medida en que somos; que todos nuestros razonamientos no están fundados más que en suposiciones, que carecemos de principios para juzgar las cosas, que no hay regla alguna de verdad, que cada uno posee un sentido particular, y que no hay en éste casi nada de común. ¿De dónde vendrían si no todas las discusiones, que han hecho decir a un antiguo que los relojes coinciden más que los filósofos?²⁴ ¿De dónde vendría el que todas las discusiones no desemboquen en nada, que no veamos nunca que un hombre hábil ceda ante otro, y que incluso muchas personas, de las que creo que buscan la verdad sinceramente, no se encuentren casi nunca en el camino?

E: Quizás no sea difícil desarrollar todo esto. Pues supongamos, por placer, que se pudiera encontrar la verdad, que se pudiera establecer principios irrefutables, que hubiera modo de hallar un método seguro para extraer de ellos las consecuencias importantes, y que Dios mismo nos enviara esta nueva lógica desde el cielo. Estoy sin embargo seguro de que no por esto dejarían los hombres de embrollarse, de la manera en que lo hacen ordinariamente.

P: Si me hicierais ver esto, ya sería algo.

E: Esto es fácil de ver, Señor: os pregunto si no me concedéis que hay medios de cerciorarse de las soluciones que se dan en Geometría.

P: Lo admito.

E: Y, a pesar de ello, hay gentes que se confunden extrañamente,

24 El símil de los relojes que coinciden (por obra de un hábil relojero) será empleado por Leibniz en años sucesivos para explicar su teoría de la concomitancia entre alma y cuerpo, como ocurre en su *Seconde éclairissement du nouveau système de la nature et de la communication des substances* (1696). Erdmann (1959), pp. 133-134

testigos de lo cual son esas pretendidas cuadraturas del círculo o duplicaciones del cubo. De modo que estoy seguro de que tendríamos una geometría tan incierta y tan refutada como la metafísica, si hubiera más escritores semejantes a un tal Bertrand de la Coste²⁵ y a un buen hombre que conocí en París, que llamaba a su libro 'Haec nova novis' y que prometía nada menos que ofrecer la cuadratura del círculo, la duplicación del cubo y el movimiento perpetuo, todo a la vez.

P: Eso es cierto, y admito que a veces nos sucede que poseemos buenos principios y no nos servimos de ellos. Pero, ¿cómo sabremos si los que tenemos son buenos y si los utilizamos correctamente?. Pues la geometría está bastante verificada por los sentidos y por los acontecimientos, cuyo auxilio nos es inútil en las materias espirituales y que miran al futuro.

E: La naturaleza ha sido con nosotros más generosa de lo que creemos y tenemos otros medios para juzgar las cosas. Si hubierais tenido ocasión de profundizar en geometría, habríais visto que sus principios no dependen de la experiencia, sino de ciertas proposiciones de la razón soberana, que también tienen lugar en otras materias, pues, por ejemplo, si hubiera una balanza perfectamente ajustada de ambos lados²⁶, y cargada en una y otra parte de dos globos exactamente iguales y de la misma materia, ¿no estaréis de acuerdo en que permanecería en equilibrio, una vez puesta?

P: Lo concedo.

E: ¿Y cómo habéis establecido semejante juicio?, os pregunto. ¿Os hace falta una experiencia para aseguraros, o, no hay más bien una luz interior que os obligue a rendiros en este punto?

P: Es cierto que me apostaría a ello todo lo que tengo de valioso y, sin embargo, confieso que no recuerdo haber hecho nunca tal experiencia.

E: Pero reflexionad un poco y decidme por qué juzgáis tal.

P: Es que veo claramente que no es posible encontrar la razón de alguna diversidad, cuando todo es semejante de una y otra parte.

25 Se trata de: Bertrand de la Coste: *Démonstration de la quadrature du cercle, qui est l'unique connaissance et principal sujet de toutes les mathématiques*. Hamburg, 1677.

26 El símil de la balanza, de origen gnóstico, ya había aparecido en los escritos de Leibniz en el tratado *Ad Stateram iuris de gradibus probationum et probabilitatum* (1676?). AA, VI, IV, A, pp. 440-441.

E: Eso es; os aseguro que hay muchos otros principios de los que nos servimos a diario en el razonamiento sin haberlos obtenido de la experiencia, y sin embargo el éxito los verifica, y no hay hombre con sentido común que no se rinda a ellos, cuando no se trata de una disputa vana sino de una cuestión de práctica y de interés. ¿Quién hay que no esté bien convencido de que los romanos han sido los maestros de una gran parte del universo, de que hay un Papa en Roma, de que habrá un invierno y un verano el año que viene? Pues aunque nada de esto se pueda demostrar absolutamente, es sin embargo tan seguro que apostaríamos nuestra vida a ello, como la arriesgamos todos los días, ciertamente, sobre principios aun menos seguros.

Tenemos por cierto que lo que ha sucedido siempre, en la medida en que recordamos, como por ejemplo el cambio de día y noche, seguirá sucediendo²⁷. Item que no hay apariencias de que aquellos que no han podido concertar sus relaciones entre ellos pudieran hacerlo en un gran número de pequeñas circunstancias. Es de este modo como juzgamos que hay una ciudad en el mundo que se llama Costantinopla. Este principio de nuestra religión es de la misma naturaleza: que no se podría hacer un gran número de predicciones justas y bien fundamentadas de las revoluciones que vendrán después de algunos siglos²⁸, a menos de ser un profeta enviado por Dios. Y hay muchos otros axiomas semejantes.

P: Todas estas cosas son bien ciertas. Pero hay muchas otras que no lo son, y por las que los hombres se enfrentan. Considerad solamente las animosidades de los teólogos, las incertidumbres del derecho, las contradicciones de los médicos, la diversidad de costumbres y de máximas, y seréis de mi opinión. Quizá vos mismo confesaréis que no hay que esperar ponerles fin.

E: ¿Qué me daríais, Señor, si os mostrara un método, seguro para terminarlas siempre, siguiendo principios de una prudencia incontestable?.

P: Os daría mi palabra de escucharos siempre con toda la atención de la que un hombre es capaz.

27 Al final de su vida, Leibniz precisara ese punto de vista y opinará que, en las afirmaciones empíricas, los hombres *no obran sino como bestias*. Cfr. PNG, 5.

28 La idea sobre próximas revoluciones nada deseables se vuelve certeza hacia el final de la vida de Leibniz. Cfr. NE, IV XVI, 4

E: Eso sólo se le debe a Dios, y, si me la concedéis a mí, no será más que para haceros atento a Dios. ¿No es cierto que poseemos el arte de juzgar las consecuencias?

P: Es cierto, cuando están reducidas en forma.

E: Pero, ¿no es siempre fácil reducirlas?

P: Creo que sí; esto se practica en las Escuelas, pero sin fruto alguno.

E: No Señor, no se practica en ellas. Se comienza, o mas bien, se hace como si se comenzara, pero no se llega hasta el final y no se considera suficientemente que la forma no consiste en ese aburrido 'quicumque', 'atqui', 'ergo'.

P: ¿Y en qué entonces?

E: Se trata de que todo razonamiento sea expresado en proposiciones precisas, suficientes, de forma que no haya nada que reemplazar, despojadas de palabras inútiles tanto como se pueda; en fin, ordenadas y ligadas de manera que produzcan siempre la conclusión por la forma y no por la materia; es decir, igual en este caso que en cualquier otro. Esto, digo, es un argumento en forma, aunque no se observen el orden y el procedimiento de la Escuela. Pues un encadenamiento o sorites, un dilema o enumeración de todos los casos, en fin, toda demostración matemática formulada con rigor, incluso un cálculo de álgebra, una operación de aritmética, son argumentos en forma, lo mismo que los silogismos corrientes de tres términos.

P: Esto me sorprende; pero lo encuentro razonable y empiezo a ver que, si tuviéramos la paciencia o la ocasión de servirnos de este rigor, podríamos examinar todo con orden y método. Pues en fin, veo bien que todo argumento puede ser reducido en forma, es decir, transformado en preciso y simple, y, cuando ya lo es, se puede juzgar infalible y distintamente si falta algo a la integridad o a la conexión de las suposiciones. Pero veo aún una dificultad aquí; pues, aunque todas

las suposiciones sean puestas en forma, la dificultad sigue estando íntegramente del lado de la materia, es decir, si las proposiciones que hemos empleado son verdaderas o falsas, y si tienen necesidad de pruebas, o si deben ser consideradas como principios.

E: Os proporcionaré un medio seguro para activar la investigación: es no admitir nada que sea minimamente dudoso, sin que sea probado en la misma forma.

P: Pero con frecuencia uno se equivoca al tomar por cierto o dudoso lo que no lo es.

E: He aquí el remedio: hay que decir, si es necesario, que toda proposición necesita prueba, cuando sea susceptible de la misma. Ahora bien no hay más que dos tipos de proposiciones que son imposibles de probar: las primeras son aquellas cuya contraria implica contradicción; pues ¿de qué serviría mi prueba si la misma conclusión puede ser verdadera o falsa? Las otras son aquellas que consisten en una experiencia interior que no puede ser rectificadas por indicios o testigos, ya que nos es inmediatamente presente y no hay nada entre ella y yo; como son las proposiciones: 'soy', 'siento', 'pienso', 'quiero tal o tal cosa', pero decir 'lo que siento subsiste fuera de mí', 'lo que pienso es razonable', 'lo que quiero es justo': esto no es tan seguro.

P: Si no empleáis otros principios sino los que acabáis de decir, no habrá modo de estar en desacuerdo con ellos; pero me cuesta comprender cómo principios que me parecen tan limitados y estériles nos pudieran proporcionar tantas cosas que pretendemos saber.

E: Os respondo que estos principios no son tan limitados como parecen. Pues por el principio de contradicción se demuestran todos los axiomas, cuya verdad aparece por la sola explicación de los términos, pues de otro modo habría contradicción en los términos. Y las experiencias interiores nos proporcionan el medio para juzgar las cosas que subsisten fuera de nosotros. Pues cuando las apariencias que sentimos en nosotros mismos se siguen correctamente, de modo que a partir de ellas se puede hacer predicciones con éxito, es de esta

forma como distinguimos las viglias de lo que llamamos los sueños». Y sabiendo además por los axiomas que todo cambio debe provenir de alguna causa, llegamos así al conocimiento de las cosas que subsisten fuera de nosotros.

P: Vuestras respuestas me dan una satisfacción que no había esperado. Ahora bien, si los principales axiomas estuvieran ordenados y demostrados a la manera de los geómetras, es decir, en forma y con rigor, y si las experiencias estuvieran bien ordenadas y ligadas con los axiomas, creo que se podrían formular con ello elementos admirables del conocimiento humano, y distinguir lo verdadero, lo probable y lo dudoso. Me imagino incluso que esta empresa no estaría por encima de las fuerzas de algunas personas hábiles. Pues veo muy bien que, en las materias en las que no es posible ir más allá de la probabilidad, sería suficiente demostrar el grado de probabilidad y mostrar de qué lado debe inclinarse necesariamente la balanza de las apariencias.

E: Esto sería de desear. Pero, volviendo a mi propósito, no pido tanto por el momento, y puesto que reconocéis que existe un medio para asegurarse de lo que se debe juzgar de las cosas a partir de las apariencias, contentémonos con servirnos de este rigor en lo que se refiere a la cuestión de la miseria o la felicidad suprema. Pues, ya que es posible, como hemos reconocido, de ahí se sigue que todo hombre con sentido común se debe servir de este método irrefutable, no en todas las cosas, pues esto no es posible, puesto que el tiempo no sería suficiente, pero al menos en los aspectos más importantes de la vida, y sobre todo cuando se trata de la soberana dicha o de una miseria sin límites. ¿No es una cosa deplorable ver que los hombres han tenido ya en sus manos largo tiempo, un procedimiento admirable para evitar razonar erróneamente, y que no se han servido de él porque ciertos pedantes habían abusado ridículamente de una invención tan hermosa? ¿Es entonces necesario que el género humano lleve la carga de su necedad y hay que privarse de un medio capaz de darnos la paz de la vida, por complacer a aquellos cuyo aire caballeresco no podría soportar ni la lógica, ni ninguna otra aplicación seria? Sé que muchas personas de juicio quedarían sorprendidas de lo que aquí avanzo en favor de la lógica

29 Esta es otra de las preocupaciones permanentes de Leibniz. El criterio de distinción entre sueño y vigilia se retoma en obras de madurez como los NE, II, XXIX, 1, 5; IV, II, 14; IV, XI, 8, 12, en los que se discute el tema más ampliamente que en tratados breves como en *Monad.*, 20 o *PNG.*, 12, 14. *Cfr.* Rensoli/Deusto, 1996.

y de los razonamientos en forma y con rigor, y creo incluso que muchos, que no me conocieran, podrían tener aquí ocasión para formarse una mala opinión de mí. Pero creo que podría satisfacerlos si se tomaran la molestia de escucharme bien. No ignoro que suponen por lo común que los errores raramente provienen del descuido de la forma, y muestran algunas otras de sus fuentes, con las que no estoy en desacuerdo, pero no me privo de mostrar que no son más que consecuencias escondidas, del descuido de la forma y que, sin dar otros preceptos para garantizar esta última, no sería necesario sino suficiente exactitud y paciencia para observar la forma con rigor. Pero entiendo la forma de un modo algo distinto del común, como ya he explicado más arriba. Euclides ha razonado en forma, en mi opinión, al menos de ordinario; ¿por qué no seguir entonces este mismo rigor, es decir, esta simplicidad de las proposiciones depuradas, este orden o encadenamiento de razones, este cuidado de no omitir nada bajo pretexto de entimema y de colocar todas las proposiciones que se emplean, ya sea expresamente o por remisión? Esto es lo que ha hecho tan exactos a los geómetras; y no hay nada de todo esto que no se pueda aplicar en cualquier otra parte. Consideremos, os lo ruego, cuánta ha sido la aplicación de un Euclides o de un Apolonio, qué paciencia, qué larga serie de razones. Y sin embargo el fruto de estos trabajos inmensos no ha sido más que la solución de un número bien reducido de problemas, útiles a la verdad, pero de los que la China, este reino tan floreciente, ha prescindido desde hace tantos siglos. Y nosotros, que nos vanagloriamos de ser cristianos, no tenemos el valor de emprender un trabajo mucho más fácil y corto, que nos reafirmaría en la verdadera religión, y nos proporcionaría el medio para convencer incontestablemente a las personas razonables: la más plena satisfacción del espíritu que sobrepasaría todo lo que hay de deseable aquí abajo.

P: Es cierto que esta manera de razonar con rigor nos llevaría finalmente a la meta; pero temo que nos arrepintamos, pues quizá encontraríamos todo lo contrario de lo que pretendemos. Acordaos de que hablo como escéptico, que tiene derecho a sospechar que lo que se dice de la Providencia y de la fe no sean más que bellas quimeras. Temo que esta indagación demasiado exacta nos descubra el absurdo de ellas, si quizás al final de la historia se encuentra que todo es en vano y

que hubiera sido mejor equivocarse felizmente, conservando una ligera esperanza, que algunas veces nos consuela un poco, que encontrarse con la desesperación, buscando la certeza.

E: He aquí el último esfuerzo del escepticismo moribundo. Esta desconfianza no es en absoluto mejor que la desesperación. En vano se quiere engañar a la conciencia, y es un crimen no emplear todas sus fuerzas para conocer el propio deber. Si hay alguna Providencia, ¿creéis acaso que Dios se contenta con semejante razón?. Si el temor de ofender a un gran príncipe contiene a los más temerarios, ¿osaremos nosotros exponernos a actuar contra las leyes del Monarca del universo, que las podría hacer cumplir sin ninguna duda de una manera capaz de infundirnos terror a nosotros, que no somos más que pequeños gusanos de tierra? Este temor está bien fundado, mientras no estemos seguros de que no existe tal monarca; y la más mínima sospecha de una desgracia tan grande como su cólera, debe afectar a la persona prudente. Pero hay mucho más que sospechas, puesto que todas las apariencias están a favor de la Providencia.

P: Hay sin embargo más dificultades de las que el vulgo piensa.

E: ¿No estáis de acuerdo con respecto al orden admirable de las cosas?

P: No por completo. Admiro la producción de las cosas, pero no puedo aceptar su destrucción. Todo cuerpo orgánico en sí mismo está admirablemente bien hecho, pero esta multitud de cuerpos que chocan entre ellos produce un extraño afecto. ¿Hay algo tan duro como ver que el más fuerte se impone sobre el débil, que la justicia y el poder no coinciden nunca y que en todas partes domina un cierto azar que se burla de la sabiduría y de la equidad?.

E: Os respondo que todo lo que nos parece extraño será recompensado de una manera que aún nos resulta invisible. Esto mismo es conforme al orden de la Providencia, de otro modo no tendría mérito alguno. Sin embargo la existencia de la Providencia se deduce en gran medida de lo que habéis admitido; pues, ya que una parte de las cosas está bien

ordenada, de [modo] que es casi imposible no reconocer en este orden una sabiduría infinita, es igualmente imposible creer que esta Providencia no se extiende a todo. Pondrá cuidado en formar el más pequeño de los insectos con un ingenio absolutamente divino³⁰; habrá ochenta mil animales visibles en una sola gota de agua, y no habrá ni uno cuya estructura no supere la destreza de las invenciones humanas . En fin, el más pequeño de los átomos estará lleno de cuerpos dinámicos y, en consecuencia, maravillosamente bien formado. ¿Y cómo será entonces posible que esta Providencia, que ha cuidado la parte más pequeña, haya descuidado el todo, y lo que es lo más noble en el universo, es decir, los espíritus?³¹

P: Me rendiría fácilmente, si pudiérais libramme de algunos escrúpulos importantes que me detienen. Sostenéis que es la Providencia la que forma por ejemplo todo lo que se encuentra tan felizmente unido en la constitución de los animales. Esto sería razonable, si no se tratara más que de algún caso particular. Pues cuando vemos un poema, no dudamos de que lo ha compuesto un hombre; pero cuando se trata de toda la naturaleza, hay que razonar de otro modo. Lucrecio, siguiendo a Epicuro, recurría a varias excepciones que hicieron gran daño a vuestro argumento tomado del orden de las cosas: Pues, dice, los pies no están hechos para andar; sino que los hombres andan porque tienen pies³². Y si preguntáis de dónde procede que todo concuerde tan bien en la máquina del animal, como si se hubiera hecho expresamente, Lucrecio os dirá que la necesidad hace que las cosas mal hechas perezcan y que las cosas bien hechas se conserven y que sólo ellas aparezcan. Así, aunque hay una infinidad de cosas mal hechas, no podrían subsistir entre las otras.

E: Estas gentes se equivocan visiblemente, pues en definitiva no vemos nada hecho a medias. ¿Cómo desaparecerían tan pronto las cosas mal hechas, y cómo escaparían a nuestros ojos armados del microscopio? Por el contrario, encontramos mucho de lo que emocionarnos de puro asombro, a medida que penetramos en el interior de la naturaleza.

30 La AA (VI, 4, p. 2265, 23f.) presenta una segunda versión que nos parece importante incluir aquí (entre corchetes): "...divino; [y sin embargo el nervio más pequeño tendrá su uso, al igual que la cuerda más pequeña en un navío]".

31 Cfr.: *Considerations sur la doctrine d'un Esprit Universel Unique* (1702). GP, VI, pp. 529-538.

32 La AA refiere esta idea a Mateo, 10, 30 ("vuestrs cabellos están todos contados", que Leibniz cita a menudo, y también dentro de este texto, véase la nota n° 31). Más bien parece una alusión a Mateo, 6, 30 ("si la hierba del campo (...) Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?"). Véase también: Lucas, 27-28.

33 Cfr. Lucrecio: *De rerum natura*, IV, 824 f.

Aparte de que hay bellezas que en nada sirven para que una especie se mantenga y aparezca más bien que otra. Por ejemplo, la estructura admirable de los ojos no dará a una especie la ventaja de existir con preferencia a otra. ¿De dónde viene el que todos los animales que tienen alas posean una mecánica sorprendente?, ¿de dónde el que no haya una especie de ave que tenga los diseños de las alas mal hechos o en la que un ala esté bien y la otra mal formada?. Pues los que tienen las alas bien formadas no tendrían nada que favoreciera su formación más bien que la de los otros, si no recurrimos a la Providencia. Ved la diferencia que hay entre un animal magullado por algún accidente y la especie más imperfecta, y me concederéis que la naturaleza no hace nada que no sea maravilloso.

P: Si acepto incluso que todo está bien hecho en el mundo en el que estamos, ¿qué diríais de esta afirmación de Epicuro, según la cual hay y ha habido un número infinito de mundos de todas las formas, entre los cuales era necesario que hubiera también algunos bien hechos, o que se han ido arreglando poco a poco? No es entonces una gran maravilla si nos encontramos justamente en un mundo de una belleza aceptable».

E: Os confieso que ese es el último parapeto del Epicureísmo refinado; pero os haré ver tan claro como el día que eso no es sostenible, pues hay todas las apariencias del mundo de que las cosas no son menos bellas ni menos acordes en las otras regiones del universo que en ésta. Estoy de acuerdo en que esta ficción no es imposible, hablando en términos absolutos. Es decir, no implica contradicción, cuando no se considera más que el razonamiento presente, tomado del orden de las cosas (aunque hay otros que la destruyen absolutamente). Pero es tan poco creíble como suponer que una biblioteca entera se haya formado un día por un concurso fortuito de átomos, pues siempre hay más elementos a favor de que la cosa se haya hecho por una vía ordinaria, que de suponer que hayamos caído justamente en este dichoso mundo por azar. Si me hallara transportado a una nueva región del universo, en la que viera relojes, muebles, libros, edificios, empeñaría osadamente todo lo que tengo a que esto sería la obra de alguna criatura racional, aunque sea posible, hablando en términos absolutos, que no sea así, y que se pueda suponer que hay quizás un país en la extensión infinita de las

34 Cfr Diogenes Laercio: *De vitis clarorum philosophorum*. Libri X, X, 45, 73-82; Tito Lucrecio: *De rerum natura*, II, 1048-1066 (Cfr AA, VI, 4, p. 2267)

cosas, en la cual los libros se escriben por sí solos³⁵. Sería sin embargo uno de los más grandes azares del mundo y sería preciso haber perdido la razón para creer que el país en el que me encontrara es precisamente ese país posible en el cual los libros se escriben por azar, y no se podría, sin estar ciego, seguir más bien una suposición tan extraña, aunque posible, como lo que se ejecuta dentro del curso ordinario de la naturaleza. Pues la posibilidad de una es tan pequeña respecto de la otra como lo es un grano de arena respecto de un mundo. Pues la posibilidad de esta suposición es como infinitamente pequeña, es decir, moralmente nula, y, en consecuencia, hay certeza moral de que es la Providencia quien gobierna las cosas. Hay aun otras demostraciones de esto que son absolutamente geométricas, pero no caben tan fácilmente en un discurso íntimo. Y lo que acabo de decir debe bastar a mi presente propósito y a vuestros anhelos.

P: Todavía no habéis ganado y queda una dificultad por vencer que me parece muy grande. Estoy obligado a confesaros que hay infinitamente mayor evidencia a favor de una sabiduría que todo lo gobierna, que de un azar autor de tantas bellezas y de tantas máquinas admirables. Pero como no conocemos el derecho del universo, ni las leyes de ese gran Monarca, que no tiene más regla que su voluntad, ¿cómo podremos sacar de ahí consecuencias más favorables para nosotros que para el resto de las criaturas? ¿Se rebajaría este gran Dios hasta el punto de trastornar el orden de las cosas por amor a nosotros que no somos a su mirada sino como la mínima mota de polvo con la que juega el viento? Vemos que todo cambia, que todo se destruye, ¿cómo estaríamos nosotros exentos de ello?

E: Hay dos extremos a evitar cuando se trata de las leyes del universo. Pues unos creen que todo funciona con una necesidad mecánica, como en un reloj; otros están convencidos de que la soberanía de Dios consiste en una libertad sin norma. El justo medio está en considerar a Dios no sólo como el primer principio y no sólo como un agente libre, sino en reconocer además que su libertad se determina por su sabiduría y que el espíritu del hombre es un pequeño modelo de Dios, aunque infinitamente por debajo de su perfección³⁶. Cuando se tiene esta idea

35 El tema se retoma y desarrolla en "De rerum originatone radicali" (1697) GP VII, pp. 302-308

36 Cfr. *Monad.*, 83-84, PNG 14, *Théod.* 147

de Dios, es posible amarlo y honrarlo. Pero cuando se le concibe en términos demasiado metafísicos, como un principio de emanación al que el entendimiento no conviene sino equivocadamente, o como un no-sé-qué-ser que es causa no sólo de las cosas sino también de las razones y que en consecuencia no se atiene a razón(es) cuando actúa³⁷, no se podría tener hacia El ni amor ni confianza. Pues si nada es justo en sí mismo, o si la voluntad del más poderoso es la regla de la justicia, no habría entonces diferencia alguna entre un tirano y un rey. Se le temerá, pero no se le amará. Pues es posible que sienta placer en hacernos miserables; puede ser que los que hacen aquí abajo los mayores males le sean los más agradables, y que las gentes de bien no sean a su ojos más que endebles criaturas sin vigor. Si esto es así, os confieso que la Providencia no os serviría de nada: sería en efecto un demonio quien gobernaría el mundo. Pero esto no es posible. La sabiduría y la justicia tienen sus teoremas eternos, al igual que la aritmética y la geometría: Dios no los ha establecido por su voluntad, sino que los contiene en su esencia y los sigue. Pues sería también necesaria una sabiduría diferente para establecerlos bien, o habría que confesar que es por un puro azar por lo que El los ha establecido más bien así que de otro modo. Si fuera éste el caso, la fortuna no sería menos dispensadora de las gracias de Dios que lo fue de las del Emperador Segismundo, quien, para recompensar a un viejo servidor le dio a escoger entre dos cajas cerradas, de las cuales una estaba llena de oro y la otra de plomo³⁸.

P: ¿Y si alguien no encontrara esto tan absurdo como vos pensáis?

E: Habría medio de convencerlo, pues los teoremas de la justicia, de la sabiduría y de la belleza soberanas son demostrables de un modo geométrico y se reducen al principio de contradicción, de forma que el contrario está implicado en los términos. Ahora bien, podemos con derecho juzgar por estas admirables invenciones de esa mecánica de la que Dios se ha servido, ya que El sabe encontrar las construcciones más simples, al modo de los grandes geómetras; es decir, los medios que producen el mayor efecto con el mínimo de dificultad; y he aquí el único

37 Esta crítica parece dirigida contra Spinoza.

38 La anécdota se registra, relacionada con Segismundo, en: Tschudi: *Chronicon Helveticum*, 2 Bd., Basel, 1734-36, Bd. 2, p. 129 (Nota de la AA, p. 2270). El tema de la adecuada elección de cofre aparece sin embargo en la obra de Juan Damasceno (S. VII-VIII) *Barlaam y Josafat*, conocida en la Europa medieval sobretudo a través de una versión latina del S. XI, y recogida también en la *Legenda aurea*, pp. 663-676; la elección aparece en la p. 667), aunque el número de los cofres se eleva a 4. En la colección *Gesta romanorum* (historia nº 251, pp. 510-514), la elección se produce entre tres cofrecillos, de modo similar a como la presenta W. Shakespeare en *El mercader de Venecia*.

principio de la sabiduría, del que depende incluso la justicia y sobre el cual se funda nuestra felicidad.

P: No veo bien esa conexión, y no me percaté de cómo pasáis del orden que hay en las cosas físicas al que deseamos en las morales.

E: ¿Qué, Señor? Véis que el más pequeño de los nervios tiene su función en el cuerpo; al igual que la más pequeña de las cuerdas en un gran navío; y sabéis que un hábil geómetra no traza ninguna línea que no sirva para la demostración que realiza, ¿y dudaréis de si el alma del hombre pertenece a este orden? Esa alma, que es una especie de pequeño Dios, que gobierna un mundo aparte, y que resuena de algún modo, y que representa en sí misma este gran mundo. A veces se dice de un difunto: “Era un hombre capacitado pero, ¿de qué le ha servido, si está muerto y todo este prodigioso montón de hermosas ciencias ha perecido en un momento, como si jamás hubiera existido?”. Nuestra ignorancia nos hace hablar así. Si comprendiéramos los resortes de la Providencia, veríamos que nada se pierde, que todo se emplea de la más bella manera posible, que es incompatible con el orden de las cosas el que nuestras almas perezcan e incluso que se pierda alguna perfección adquirida en esta vida. Jesucristo dice admirablemente, como de costumbre, que todos los cabellos de nuestra cabeza están contados³⁹, y que un vaso de agua fresca con que hayamos aliviado la sed de un miserable será recompensado⁴⁰. Juzgad si las otras virtudes y perfecciones serán olvidadas, si no tenemos motivo para considerarnos felices, y si no debemos aplicarnos a conocer y amar a este benefactor soberanamente amable. Pues Dios, si es aquello que no puede dejar de ser, ha tenido sin duda en cuenta principalmente a este tipo de criaturas capaces de conocerlo y amarlo, por cuanto ha formado las otras. Y ya que El mismo es un espíritu, y que todo ha sido hecho para los espíritus, estoy seguro de que los espíritus han sido bien ordenados, con preferencia respecto a todas las demás cosas, a las que sobrepasan infinitamente en nobleza, por cuanto expresan la perfección de su Creador de una forma muy distinta al resto de las criaturas, incapaces de esta elevación. Siendo esto así, es entonces imposible que las cosas hayan sido hechas de una manera de la que un espíritu pudiera quejarse con razón. De otro modo,

39 Cfr.: Mateo, 10, 30; Lucas, 12, 7. En la nota de la AA figuran Lucas, 12, 7 y Mateo, 25, 35-40, pero el segundo caso no concuerda con esta cita, sino con la segunda parte de la frase (véase nota siguiente).

40 Cfr.: Mateo, 10, 42; Marcos, 9, 41.

Dios no habría sido, o tan perfecto como para percatarse de este defecto, o tan poderoso como para remediarlo. De ahí concluyo lo que ya había avanzado al comienzo: que el mundo es una ciudad compuesta por todos los espíritus sometidos al gran Monarca del universo; que esta ciudad está formada según la última perfección posible; que no hay nada que desear en principio, por los que lo aman, y que ellos mismos, si Dios les ofreciera la opción de inventar algo para su satisfacción, no podrían jamás elevarse, por medio de su imaginación y sus deseos, a la felicidad que ha sido preparada para ellos⁴¹.

P: Estoy muy emocionado por las bellas cosas que decís. Pues finalmente, no encuentro nada que replicar. Vos arrasáis con todos mis escrúpulos, y siento una alegría tanto más grande cuanto menos esperada. Ahora me parece que soy una de las criaturas más felices; yo, que antes condenaba mi miseria y que no intentaba apartar[me] de la indagación de la verdad sino para no pensar más en ello.

E: Es cierto que somos felices si queremos; pues, aunque no pudiéramos desear el bien sin que Dios nos ayudase, siempre sería cierto que nuestra felicidad depende de nuestra voluntad, sea cual sea la causa de donde venga esta voluntad, y he aquí todo lo que se puede desear en la naturaleza. A menos que quisiéramos ser felices por necesidad, lo que sin duda no es posible dentro del orden de las cosas; de otro modo Dios lo hubiera hecho. Pero no vayamos a complicarnos aquí en cuestiones más curiosas que necesarias, que puedan aparecer, sobre las que ya he satisfecho en otra ocasión a un amigo en una conversación de la que he escrito algo que podría enseñaros un día⁴². Pero de momento quiero ir más lejos, pues no he entrado en esta materia sólo para regalaros esa alegría interior cuyos signos veo, sino para conducirlos al bien que la hará durar. Habéis experimentado el miserable estado de los hombres que no están penetrados por estas verdades; sabéis que una amargura recóndita contamina todos los placeres por medio de los cuales intentan engañar su tristeza; la sola idea de la muerte les parece espantosa, y los más precavidos no disponen de otro remedio que la paciencia, ni otro consuelo que la necesidad, a la que piensan que es una locura oponerse. Pero bien decía uno de los antiguos que no vale nada aquel soldado

41 El mundo como Ciudad de Dios es otra de las ideas que Leibniz desarrolla hasta el fin de su vida y constituye el principio de construcción de una obra fundamental como la *Théod.* Igualmente aparece en *Monad.*, 88-90; PNG, 15, 18.

42 La AA [p. 2272] identifica al amigo con Niels Steensen († 1686), luterano danés convertido al Catolicismo, y después Vicario Apostólico de Hannover entre diciembre de 1677 y 1680, autor de obras científicas

que ejecuta con tristeza las órdenes de su capitán. Hay que seguirle con alegría; y para estar contento, no sólo hay que soportar, sino además aprobar lo que sucede. Ved lo que le debéis a Dios, y dad a conocer, si no a los demás, al menos a vuestra conciencia, que ahora sois otro hombre. Erais un esclavo de la necesidad y os habéis convertido en ministro de Dios, de un Dios que os ama y al que amáis, de un Dios que todo os lo tiene en cuenta, que hace todo lo que podáis desear con prudencia, y que no os abandonará jamás, si vos no soís el primero en ignorarlo. Vuestra felicidad es una de las máximas fundamentales de su Estado, grabadas en tablas de diamante; pero es preciso que vuestro compromiso sea sincero; pues no se puede engañar a este Dios, que escudriña los repliegues más ocultos del corazón.

P: Os confieso que experimento un cierto ardor que me era hasta ahora desconocido, y que el estado en que me encuentro ahora me parece tener algo de sobrehumano. Pero sabéis que los hombres están sujetos a las impresiones de los sentidos, que su memoria es débil, y que los propios santos han sentido a veces enfriarse su fe. Añadid entonces a la obligación infinita que ya tengo con vos, el medio de asegurar mi felicidad presente.

E: Hay que unir dos medios: la oración y la práctica⁴³. Por oración entiendo toda elevación del alma a Dios, es decir, una búsqueda perpetua de las razones sólidas de lo que os hace ver a Dios Grande y amable. Pues las meditaciones que no están apoyadas en razones no son más que imaginaciones arbitrarias que se desvanecen a la menor sensación. Acostumbraos a encontrar por todas partes algún motivo que provoque un acto de culto y de amor, pues no hay nada en la naturaleza que no nos proporcione ocasión para hacerle un himno. Alabad su nombre en todo lo que suceda; cuando veáis la prosperidad de los malvados, considerad que Dios los guarda o para ser objetos de su misericordia, o para ser víctimas de su justicia; que no hay ningún mal que no deba servir a un bien mayor⁴⁴. Cuando las cosas sucedan contrariamente a como vos las hubiérais querido, creed que Dios os está dando ocasión

y teológicas, como *Ad Novae philosophiae reformatorem de vera philosophia epistola*. Firenze, 1675, quien sostuvo con Leibniz una discusión acerca del problema de la libertad. De ahí habría surgido la *Confessio Philosophi* según la AA (VI, 3, 7, p. 115), que toma la referencia de G. Grua. Leibniz dice de él que "d'un grand physicien il devint un theologien mediocre" (*Théod.*, I, 100). Sería posible establecer un paralelo entre las consecuencias, para Leibniz tan diferentes, de las conversiones de Steensen y del P. Emery.

43 Alusión a la máxima *Ora et labora*

44 Estas ideas se resumen, entre otras obras de madurez en el tratado *De Causa Dei* (1710). En: *Théod.*, ed. cit.

para ejercitar vuestra virtud, y que os habéis equivocado. Pues uno puede equivocarse al seguir las reglas de la prudencia, ya que no sería posible pensar en todo ni estar informado sobre todo. Por esto, protestad siempre en vuestro interior de que nada queréis sino por provisión y hasta que Dios se explique desde lo Alto. Acostumbraos sobre todo a observar que hay órdenes, vínculos y bellas progresiones en todas las cosas, y cómo no podríamos tener aún en esta vida suficiente experiencia sobre esto en los asuntos de moral y política, y de teología. Pues Dios pone a prueba nuestra fe en confusiones aparentes, que El sabrá hacer perfectamente concordantes en un futuro feliz. Haremos bien entre tanto en ejercitarnos y afirmarnos algunas veces mediante experiencias sensibles de la grandeza y sabiduría de Dios, que se descubren en esas armonías maravillosas de la matemática y en esas máquinas inimitables inventadas por El, que aparecen ante nuestros ojos en la naturaleza; pues ésta conspira excelentemente con la gracia, y las maravillas físicas son un alimento apropiado para mantener sin interrupción ese fuego divino que inflama las almas bienaventuradas, pues es ahí donde se ve a Dios a través de los sentidos, mientras que en otras partes no se le ve más que por medio del entendimiento. He observado con frecuencia que los que no son conmovidos por estas bellezas no son tampoco sensibles a eso que se debe llamar verdaderamente amor de Dios. Pues bien sé que muchos no tienen una verdadera idea de él. Pero si meditáis sobre lo que acabo de decir, no podréis equivocaros en esto.

Queda hablaros de la práctica exterior, que es la consecuencia infalible de un interior sincero. ¿Cómo es posible estar penetrado por estas grandes verdades, y continuar al mismo tiempo en una languidez que tiene algo de incredulidad? Jamás un hombre con sentido común se ha lanzado cuando ha creído ver un precipicio. ¿Quién no intentaría evitar a un león que viniera lleno de furia? ¿Dónde hay un cortesano inteligente que no respete la mirada de un Señor severo o que no intente hacerse agradable a un príncipe capaz de hacer su fortuna? No es entonces posible encontrar un hombre que ame verdaderamente a Dios y que no haga ningún esfuerzo por complacerlo.

P: Lo que decís es cierto, pero creo que con frecuencia aquellos que

tienen buena voluntad se quedan como en suspenso por no conocer bien la voluntad de Dios.

E: Comencemos por esos Mandamientos que no están sujetos a ninguna disputa, e intentemos también poco a poco aclararnos sobre los otros. Pues nadie hay que ponga en duda que la caridad nos esté recomendada más que todo el resto. Atengámonos entonces a esto y creamos en Nuestro Señor que todo lo ha resumido en este precepto y en la ley y los profetas⁴⁵. Pero acordémonos de que la verdadera caridad comprende a todos los hombres, hasta a nuestros enemigos, no sólo cuando están vencidos, sino cuando con más fuerza nos ofenden. Considerémoslos como furiosos, de los cuales tenemos piedad cuando hacen todos los esfuerzos para perjudicarnos y que nosotros rechazamos sin odio. Todos los malvados son miserables, en efecto, y no merecen ser odiados. Son hombres, están hechos a imagen de Dios. Alguna desgracia ha habido en su educación o en su modo de vivir que los ha vuelto como desesperados. Serían realmente susceptibles de la más alta perfección, si tuviéramos siempre ocasión de corregirlos. Trabajemos entonces en ello cuanto podamos, y consideremos que la más grande conquista es la de un alma, puesto que no hay nada más noble en la naturaleza. Y como ordinariamente son la opresión y la miseria las que hacen a los hombres tan pérfidos y malhechores, y las que les producen dureza de alma, intentemos prevenir la desesperación de tantos desgraciados que gimen. No busquemos gloria alguna en estas hazañas, que no son mayores que los temblores de tierra, los estragos de las aguas y otras desgracias públicas. Consideremos que de nada servirá figurar ventajosamente en la historia y ser desgraciados como personas. Pues, no nos equivoquemos en esto: el Señor es un juez justo. Experimentaremos los males que hemos causado, y los experimentaremos en toda su intensidad. Nada escapa a su memoria. El orden de las cosas, la armonía universal y esta especie de necesidad que exige que todo sea reparado, piden venganza a Dios, no sólo por las almas perdidas y la sangre derramada, sino incluso por la menor fechoría. Por otra parte, regocijémonos si Dios ha hecho algún bien por medio de nosotros, sobre todo a las almas. Nos tendrá bien en cuenta, no sólo el acontecimiento, sino hasta una buena voluntad sin efecto, si ha sido sincera y ardiente. No obstante, sostengo que la

45 Cfr.: Mateo, 7, 12; 22, 39-40.

dicha de aquellos a quienes Dios ha dado tanto la voluntad como el éxito resplandecerá con ventaja algún día en esa feliz tierra de recompensa: Qui ad justitiam erudierunt multos fulgebant quasi stellae⁴⁶. Pero sobre todo sostengo que no hay criatura más dichosa que un hombre de Estado que ha usado bien su poder, y que ha hecho algo grande por la gloria de Dios y por el bien público. Esto os concierne, Señor, pues no podríais negar el gran poder que tenéis. Pensad bien en esto y recordad siempre que tenéis una cuenta muy grande con Dios. Pues si dejáis escapar alguna ocasión de hacer el bien, Dios la demandará de vuestras manos. Vuestra pereza, vuestra frialdad y vuestras escrupulosidades afectadas, a la moda del siglo, no la pagarán. Sobre todo, tened cuidado de no absteneros de algunas empresas loables, por temor a que se burlen de vos. Esto sería desconocer a Dios de alguna manera, y exponerse a otro desconocimiento, realmente terrible, en ese gran día. Mejor sería hacerle el sacrificio de nuestra gloria, y, trabajando en su honor, cargar sobre nosotros la vergüenza de un éxito discutible, después de haber seguido las luces que Dios nos haya dado: aseguremonos de que no nos dará ocasión de arrepentirnos. Por eso, cuando haya alguna apariencia de obrar bien, pongámonos a la obra, sin esperar todos los signos de un éxito infalible, que quizás no se alcanza jamás⁴⁷. Todo lo que es hermoso es difícil. Cada vez que se ha hecho alguna gran cosa, no ha habido apenas apariencias al principio, pero algún poderoso genio, que Dios había armado de coraje, se ha abierto paso a través de todas las dificultades, y su mérito ha sido tanto mayor.

Me diréis, “¿para qué esa exhortación? Pues no veo en el presente ocasión de hacer nada grande para la gloria de Dios”. Por mi parte, nada sé de eso. No entro en vuestros asuntos de Estado, pero estoy convencido de que con frecuencia encontraríamos motivos para mostrar nuestro celo, si quisiéramos estar atentos a las ocasiones para sacar provecho de ellas. Pero queremos servir a Dios a nuestra comodidad, y Dios no se dignará aceptar de nosotros esa ofrenda de servicios tan poco diligentes. Concluyamos en fin, y si os parece bien, convengamos algunas reglas entre nosotros por las que nos regiremos en el futuro.

46 La traducción de esta frase es: “Quienes conduzcan a muchos a la justicia brillarán como estrellas”. En el texto bíblico se dice sin embargo: “Los justos resplandecerán como el sol”. La falta de coincidencia se debe a que Leibniz empleaba la *Vulgata* como fuente de citas en latín. *Cfr.*: Mateo, 13, 43.

47 *Cfr.*: *Discours sur la générosité* (FC-1, pp. 166-172). En la *Memoire pour les personnes éclairées et de bonne intention* (FC-1, pp. 274-292), se resumen--como ya se ha dicho--las ideas religiosas y morales tratadas en la *Conversation*.

P: Apruebo plenamente este consejo, y encuentro que es necesario siempre algo notable que nos impulse a diario. Doy ya mi asentimiento a todo lo que os parezca bien y os concedo toda la autoridad como legislador.

E: No acepto más que el poder de comunicaros mi proyecto. Primeramente, creo que todo hombre celoso de su salvación debe buscar un compañero de estudio, quiero decir de este estudio salvífico. Para esto es necesario un amigo fiel, desinteresado, de recta intención y que tenga más apego a vuestra persona que a vuestra condición, que sienta alguna simpatía hacia vos, sobre todo del lado espiritual; en fin, en el que podáis encontrar consuelo y provecho al mismo tiempo.

En segundo lugar, hay que hacer un proyecto por escrito que sirva de regla para el resto de nuestra vida, que estará muy reducido a algunas grandes máximas que habrá que tener siempre en cuenta. Este proyecto será semejante a las instrucciones que se acostumbra a dar a los ministros públicos. Pues una instrucción debe llegar hasta los detalles y contener resoluciones sobre las situaciones más importantes y ordinarias que se puedan presentar. Nunca se deben violar estas resoluciones sino por una razón de mucho peso, y cuando suceda algo totalmente extraordinario. Pero tampoco hay que decidir nada si no es por una causa. He conocido muchos consejos que los padres han dado a sus hijos en forma de testamento y he visto bien pocos que hayan preferido darse lecciones a si mismos, antes que a los otros.

En tercer lugar, hay que examinarse cada día sobre la base del propio proyecto para ver en qué se ha fallado y en qué se ha tenido éxito. Hay que actuar de modo que se note todos los días una enmienda visible. Y para llegar a esto, hay que hacerse algunas veces nuevos reglamentos y dictarse castigos irremisibles.

En cuarto lugar, hay que repartir el propio tiempo sin mucho apremio. Son necesarios días de despachos, días de visitas, días libres (es decir que servirán para despachar cantidad de incidentes varios), días de descanso, días de retiro. Es necesario dedicar una parte de cada día a Dios y a la meditación, y a ese examen del que acabo de hablar.

En quinto lugar, hay que tener un registro de todo lo que pueda servir, hasta de los pensamientos útiles; hace falta un diario para las cosas pasadas, un libro memorial para las futuras, o las que quedan por hacer, papeles sueltos para anotar al vuelo lo que se presente de memorable en la lectura, en la conversación, en el trabajo o en la meditación. Y se podrá ordenar todo esto según las materias en un compendio. Será también conveniente tener un Enchiridion, o libro manual, en el que los conocimientos más importantes de los cuales tenemos necesidad estén registrados, con el fin de aliviar nuestra memoria en las entrevistas (y vendría muy bien escribirlo en cifras). Y como hay cosas que es preciso saber de memoria, sería posible asegurarse por medio de versos, para lo cual los burlescos serían admirablemente apropiados. Pero no es éste el lugar para extenderse más sobre este punto.

En sexto lugar, hay que buscar todos los medios imaginables para moderar las pasiones, que pueden turbar el uso de la razón. Es por esto por lo que es preciso acostumbrarse a no enfadarse por nada, a no montar jamás en cólera, a evitar toda tristeza, lo que es posible cuando se está bien convencido de nuestras grandes verdades. Por lo que se refiere a la alegría, sólo ha de ser moderada e igual; pues una gran efusión del espíritu va seguida de una tristeza natural, y hace gran daño a la salud. Después de una alegría moderada no hay pasión más bella y más útil que la esperanza, o, más bien, esta alegría igual y duradera no consiste sino en una esperanza bien fundada, porque las otras alegrías son pasajeras y la de la esperanza es continua. He observado que no hay nada como la esperanza que sostenga tanto el ánimo como la curiosidad. Tan pronto como es abatida por las penas, por la vejez, por las enfermedades, por las reflexiones importunas sobre la miseria y sobre la supuesta vanidad de las cosas humanas, adiós a las empresas nobles, a las bellas investigaciones. Pero os he dado una receta infalible para conservar para vos este gran bien, que proporciona el sosiego en esta vida y el sabor anticipado de una mejor.

En séptimo lugar, hay que ejercitar una verdadera caridad hacia los demás. He aquí en qué consiste, en mi opinión: no basta con no odiar a nadie, sean cuales sean los defectos que pueda tener, sino que hay que

amar también a cada cual según las buenas cualidades que le queden, pues no existe hombre alguno que no las tenga en gran número. No sabemos qué juicio Dios ha hecho sobre él: puede ser muy distinto del nuestro, pues somos engañados por las apariencias. Sin embargo, os es lícito inclinarnos del lado de la suposición, y tener muy mala opinión de los demás, mientras se trate de precaveros, especialmente en materias de importancia, en las que hay que fiarse lo menos posible. Pero en cambio, hay que tener buena opinión de todos en la medida en que la razón pueda permitirlo, cuando se trata de su bien y de su socorro. He aquí la conformidad entre la serpiente y la paloma⁴⁸. Por lo demás, no tengáis la vanidad de creer que Dios os considera más que a cualquier otro; no busquéis vuestros beneficios atrevidamente a costa del prójimo; poneos en el lugar de los desdichados, y considerad lo que pensaríais, si estuvierais en éste⁴⁹. Trabajad por contentar a todo el mundo y, si es posible, actuad de forma que nadie se separe de vos triste ni insatisfecho. Id más lejos e intentad hacer el bien incluso aunque no se reconozca en lo más mínimo, o muy poco, e incluso cuando no se sepa que proviene de vos. Pues debéis actuar bien por el puro placer de haber hecho el bien. Si no es éste vuestro talante, aún no amáis a Dios como es preciso, pues el signo del amor de Dios existe cuando se actúa por el bien general con un ardor supremo y por la pura atracción del placer que se encuentra en ello, sin otro interés; como os deleitaríais vos al ver un rostro hermoso, al oír [un] concierto bien concebido, al ver derrotado a un malvado insolente, y elevado a un miserable inocente, aunque no tengáis en ello interés alguno. He aquí el auténtico espíritu de caridad tal como nace de un amor sincero hacia Dios, fuente de todas las bellezas. Considerad que Dios os ha puesto en un jardín que debéis cultivar. Aunque conozcáis vuestra debilidad, debéis sin embargo actuar siguiendo las luces y las fuerzas que El os ha prestado. Y si hay alguna falta en lo que se refiere a vuestra voluntad, cuidaos del resentimiento. Pues Dios no os exige sino el corazón, por cuanto El se ha reservado el resultado. Entonces no os desaniméis jamás cuando los buenos consejos no tengan éxito. No dejéis de volver a empezar con el mismo celo, si bien con la prudencia que conviene al caso. Dios es el maestro, pero es un buen maestro: ni uno de vuestros esfuerzos se perderá, por cuanto los habéis consagrado a su servicio, aunque aparente no haberlos aceptado. Es por esto por lo

⁴⁸ Cfr.: Mateo, 10, 16 (Cfr.: AA).

⁴⁹ Leibniz apela una vez más al principio del *lugar del otro*. Cfr. *La place d'autrui*

que os ocuparéis de hacer una memoria de todo lo que se podría desear para el bien público. Y si estáis en un cargo en el que tengáis poder, no os dejéis detener por las consideraciones sobre vuestro interés o vuestra reputación. Pues no debéis considerar vuestros bienes y vuestra gloria sino como medios que Dios ha puesto en vuestras manos para servirlo con más energía. No los prostituiréis indebidamente, pues esto sería tornar inútiles las gracias de Dios. Pero tampoco los escatimaréis cuando se trate de Su servicio. Incluid en esa memoria lo que acabo de decir, no sólo vuestros deseos, sino también los de los otros, cuando los encontréis razonables. Escuchad atentamente los motivos que puedan tener y sopesadlos bien, pues cuando tengáis muchas cosas por hacer en vuestra lista, preferiréis las más ciertas, las más seguras, las más necesarias, y las más útiles. Pero cuando una proposición tenga alguna de estas ventajas y no las otras, es entonces cuando tendréis necesidad de esa lógica que distingue los grados de apariencias de los bienes y los males, para elegir los más factibles y los más dignos de ser realizados. Pero debe bastaros una apariencia mediocre de un gran bien que no implique peligro. Y como tenéis en vuestras manos asuntos de Estado y gozáis de crédito ante un gran príncipe, que tiene reputación de sabiduría, servíos bien de ello, y no os desalentéis jamás cuando vuestra buena voluntad y vuestras proposiciones no sean aceptadas. El príncipe es una imagen de Dios de un modo más particular que los otros hombres. Ahora bien, os he aconsejado más arriba no relajaros cuando parezca que Dios no favorece vuestros esfuerzos. Es lo mismo en proporción respecto de un príncipe. El tiene temas de reflexión en los que vos no pensáis. Conservad integro para él vuestro celo y trabajad para su servicio e incluso para su satisfacción no sólo con fidelidad sino aun con alegría. Esta sumisión y esta adhesión quizás producirán al cabo algún buen efecto. Dios tiene en su mano el corazón de los príncipes; quizás os hará encontrar un momento favorable y una situación del espíritu en los que lograréis más con una palabra dicha al vuelo de lo que antes habiais podido mediante exquisitos razonamientos. Dios da a los hombres la atención, y la atención lo hace todo. Una esperanza tan grande debe entretanto consolaros de todos los fracasos que podríais afrontar. Un príncipe, investido de esa gran autoridad que Dios le ha puesto en sus manos, no debe ser considerado como un hombre sino

50 Leibniz desarrolla ampliamente esta idea en la *Lettre sur l'Éducation d'un Prince* (AA, IV, III, pp 542-557) y en el *Portrait du Prince* (1679), Klopp, IV. Su fuente bíblica neotestamentaria está en Romanos, 13, 1

como una poderosa criatura, semejante a una montaña o al océano, cuyos movimientos extraordinarios pueden provocar extraños efectos en el cambio del orden de las cosas. ¿No véis que puede mover ejércitos y pueblos al menor guiño de un ojo?, ¿que se atraviesan montañas y se desvía el curso de ríos cuando él firma algún billete con un poco de líquido negro? ¿Y cometéis la injusticia de pretender que un ser tan poderoso deba ceder a vuestros menores esfuerzos? Si fuese tan fácil de gobernar, eso se encontraría muy mal. Es por esto por lo que, aunque estéis convencido de la importancia de lo que tenéis que proponerle, no debéis impacientaros si no está de acuerdo con vuestras razones. ¡Las cosas tienen tantas facetas! Quizás él las mira desde otro ángulo y vos no podéis ni debéis pretender que las examine siempre a fondo. Sin embargo, volved repetidamente sobre ello con diligencia y sumisión, y, si un día encontrarais ante vuestro señor un momento tan favorable como el que yo he encontrado hoy con vos, ¡Dios mío, cuánto bien procuraríais al mundo!

Cuando un gran príncipe, libre de las debilidades y ligerezas vulgares, se aplica por completo al bien público, y cuando es conmovido por reflexiones semejantes a las nuestras, a las que las almas nobles se adaptan fácilmente, es entonces cuando hay que creer que Dios mismo se implica en ello y que hay motivo para esperar grandes consecuencias. Os acordaréis de que he dicho más arriba que no hay perfección adquirida que se pierda, incluso con la muerte. Cuanto más sabio y poderoso se sea, más se sentirán un día los efectos de ello. Esto es cierto también con respecto al poder de los príncipes, pues tienen ya aquí abajo grandes ventajas hasta para el otro mundo, si su corazón está vuelto hacia Dios y utilizan su poder para servirle. Pero, si permanecen en la indiferencia, o también, si encaminan sus fuerzas al mal, serán tan grandes objetos de la cólera de Dios, como lo han sido de su bondad. Pero dejemos ahora a los príncipes, aunque no haya podido ni debido abstenerme del tema. Pues como vos tenéis casi tanto acceso al príncipe, como yo lo tengo ahora a vos, era mi deber animaros a tan bellos propósitos. Y puedo decir que esta consideración ha sido una de las más poderosas para empeñarme en acosaros hasta que Dios me ha concedido un éxito más allá de mis expectativas.

P: Os juro, querido amigo, que vuestras enseñanzas me han tocado el corazón de una manera que hasta ahora me era desconocida. Debo esa transformación a la bondad de Dios, que conozco ahora mejor que nunca. Si El me otorga vida y éxito, pondré en práctica vuestros consejos, y me veréis trabajar en ello desde mañana. Me recomendáis con razón un compañero de estudios sagrados: ¿podría escoger para eso otro sino vos? Elaboraremos juntos ese gran proyecto, que debe poner en orden mis asuntos y mi espíritu en reposo. Trabajaremos también en organizar mi tiempo, en hacer esas memorias que me harán siempre pensar en lo que podría hacer por Dios y por el bien público. Siento un increíble placer cuando me represento las cosas que acabáis de explicar, y cuando considero como me habéis convencido de esta feliz paradoja de la felicidad y de la grandeza humanas. Pues os confieso que hasta ahora odiaba la naturaleza, la cual consideraba autora de nuestra miseria. Persuadido como estaba de que todos nuestros cuidados no eran sino vanidades, esto me producía una aversión indecible contra todas las reflexiones serias. Y aún me asombra cómo habéis hecho para vencerla. Sea lo que sea, doy gracias a Dios que me ha apartado de un precipicio que ahora veo como un abismo espantoso. Y cuando considero el feliz estado en que ahora me encuentro, me siento todo transportado de amor hacia el autor de todos los bienes.

Dios mío, abrid los ojos a todos los hombres y hacedles ver las mismas cosas que yo veo: les sería imposible no amaros. Pero Vos tenéis vuestras razones para no conceder a todos la misma gracia y yo las adoro. Pues estoy seguro de que no se puede cambiar nada en el orden que Vos habéis establecido, sin destruir su belleza soberana. Es por eso por lo que apruebo todo lo que habéis hecho, pero como aún no os habéis declarado sobre el futuro en lo que a mí respecta, haré lo que juzgue más conforme a vuestra voluntad. Proclamaré en todo momento vuestra gloria y me dedicaré a considerar y a hacer considerar a los otros las razones de la eterna sabiduría, pues las obras de vuestras manos hacen reflexionar sobre aquellos que son tan afortunados como para encontrar placer en la contemplación de la naturaleza de las cosas. Además, la propagación de la verdadera religión, la unidad de vuestra Iglesia, el alivio de las miserias públicas serán los objetos de mis deseos. Haré que se trabaje incesantemente en esas demostraciones irrefutables

de la verdadera religión, pues veo los medios para obtenerlas, y en ellas intentaremos combinar lo sólido con lo conmovedor.

No me queda sino una cosa que desear, y es que me concedáis la gracia, Dios mío, de transmitir a muchos otros los impulsos que siento en mí, y sobre todo a aquellos que tienen el mayor poder para obrar el bien. En cuanto a vos, querido amigo, ya que estas santas reflexiones se han convertido en hábito en vos, cuidad de inflamarme cada vez más, día a día, durante el tiempo que mis ocupaciones me permitan permanecer cerca de vos, a fin de trabajar a los efectos de nuestros proyectos y para organizarlo todo antes de mi partida. Desearía arrancaros de aquí; pero si esto no es posible, no dejaré de reencontrarme con vos. Sin embargo, vuestras cartas representarán para mí a vuestra persona, a la que querré siempre como el instrumento del que Dios se ha servido para llamarme a la vida.

REFERENCIAS Y ABREVIATURAS:

- AA: G. W. Leibniz: *Sämtliche Schriften und Briefe*, hrsg. von der Preussischen, bzw. der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin. Darmstadt, 1923 ss., Leipzig, 1938, Berlin, 1950 ss.
- Andreu I: *Methodus Vitae*, Vol. I, edición de Agustín Andreu. Valencia: UPV, 1999.
- *La Biblia*. Edición Reina-Valera. México. Sociedades Bíblicas Unidas, 1990.
- Descartes (1972) : Descartes, R.: *Discours de la méthode*. Edition par A. Robinet. Paris : Nouveaux Classiques Larousse, 1972.
- Descartes (1996) : R Descartes: *Oeuvres*, eds. Par Ch. Adam & P. Tannery. Paris:Vrin, Vols. VI, IX, 1996.
- Diógenes Laercio (2000): Diógenes Laercio: *Vidas de filósofos ilustres*. Trad., prólogo y notas por J. Ortiz y Sainz. Barcelona: Iberia, 2000.
- Erdmann (1959): *Leibnitii Opera philosophica quae exstant latina, gallica, germanica omnia*, hrsg. v. J. Erdmann. Berlin, 1840 (reimp. Aalen : Scientia, 1959).
- FC-1: F. de Careil. *Lettres et opuscules inédits de Leibniz*, précédées d'une introduction par A. Foucher de Careil. Paris: Librairie philosophique de Ladrage, 1854.
- *Gesta romanorum*, hrsg. v. W. Trillitzsch. Leipzig: Insel, 1973.
- GP (1965): *Die philosophischen Schriften von Gottfried Wilhelm Leibniz*, hrsg. von C. I. Gerhardt. Berlin, 1875-90; reimpr. Hildesheim : Georges Olms, 1965 (7 vols.).
- Grua (1948): G. W. Leibniz. *Textes inédits d'après les manuscrits de la Bibliothèque Provinciale de Hanovre*, publiés et anotés par Gaston Grua, 2 Vols. Paris: Presses Universitaires de France, 1948.
- Klopp : G. W. Leibniz : *Werke*, hrsg. v. O. Klopp. Hannover 1864-84.
- Leibniz (1954): G. W. Leibniz : *Principes de la nature et de la grâce fondés en raison. Principes de la philosophie ou Monadologie*. Lettres inédits, publiés et présentés. par A. Robinet. Paris: Presses Universitaires de France, 1954.
- Leibniz (2000): G. W. Leibniz: *Discurso sobre la teología natural de los chinos*. Traducción, Introducción y notas de L. Rensoli. Buenos Aires: Biblioteca universal Martin Heidegger, 2000.

Lucrecio (2002): Tito Lucrecio Caro: *De la naturaleza de las cosas*. Introducción de A. García Calvo. Traducción del Abate Marchena. Notas de D. Plácido. Barcelona: Folio, 2002.

- Monad. : G. W. Leibniz : *Principes de la philosophie ou Monadologie*. En : Leibniz (1954).

- NE:

a- G. W. Leibniz : *Nouveaux Essais sur l'Entendement Humain*. AA, VI, VI. Hrsg.von A. Robinet und H. Schepers (durgesehener Nachdruck der Erstausgabe von 1962), 1990.

b- G. W. Leibniz: *Nuevo tratado sobre el entendimiento humano*. Trad. de E. Ovejero y Mauri, prefacio de L. Rensoli. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

- Montaigne (1962): M. de Montaigne: *Oeuvres Completes*. Edition A. Thibauded et M. Rat. Paris: Gallimard, 1962.

- Olaso (1982): G. W. Leibniz: *Escritos filosóficos*. Edición de E. de Olaso. Notas de E. de Olaso y R. Torretti. Traducciones de R. Torretti, T. E. Zwanck y E. de Olaso. Buenos Aires: Charcas, 1982.

- PNG : G. W. Leibniz : *Principes de la nature et de la grâce fondés en raison*. En : Leibniz (1954).

- Rensoli/Deusto,1996: L. Rensoli: «Inconsciente, sueño y muerte en la concepción filosófica de G. W. Leibniz». *Letras de Deusto*, Vol. 26, N° 73, octubre-diciembre/ 1996, pp. 153-173.

- Spinoza (1996): B. Spinoza: *Ética*, edición de Vidal Peña. Madrid: Alianza, 1996.

- Théodicée (1969): *Essais de Théodicée*, ed. J. Brunshwig. Paris: Garnier-Flammarion, 1969.

- Voragine (1925): Jacobo de Voragine : *La Légende dorée*, CLXX, trad. et préface par Teodor de Wyzewa. Paris. En español: VoráGINE (1982): Jacobo de VoráGINE: *La leyenda dorada*. Traducción del latín: J. M. Macías, 2 Vols. Madrid: Alianza Editorial, 1982.